

La Teología como ciencia

1. En el siglo XIII pudo el Occidente conocer la totalidad del pensamiento aristotélico, que adquirió una pronta y decisiva influencia en las Universidades, no sólo en cuanto a los métodos, sino también en lo referente a su contenido. La Teología, hasta entonces disciplina principal enseñada según los métodos platónicos, tras ese encuentro con el aristotelismo, ve planteado un problema: ¿es Ciencia en el sentido aristotélico? Si lo es, ¿qué lugar ocupará en la serie de las otras ciencias profanas?

2. Este problema no existía antes de que se introdujera el sistema científico de Aristóteles, a pesar de que la Teología fuese definida como ciencia de la Fe (*intellectus fidei*). Según San Pablo, el creyente inspirado por el Espíritu Santo (por el *Pneuma*),

puede comprender la sabiduría divina encerrada en el misterio de Cristo; de esta manera se comunica al creyente la gnosis o conocimiento de los misterios de Dios. Ante sus ojos aparecerá sin velos el sentido espiritual de la Sagrada Escritura (*II. Cor.* 4, 4). Los medios por los que San Pablo trata de llegar al conocimiento *in fide* son la consideración de la independencia entre las verdades de la fe y los símbolos del orden natural (*I. Cor.* 15, 12-38).

Durante mucho tiempo—casi hasta fines del siglo II—las directrices paulinas siguieron siendo la norma. Se consideraba al Cristianismo, mejor a Cristo, como un hecho en el que se cimenta nuestra Salud y que había que comprender, explicar y defender de la mejor manera. A medida que se fueron convirtiendo al Cristianismo hombres familiarizados con la filosofía pagana se palpó la perentoria necesidad de establecer relaciones entre Cristianismo y Filosofía, de demostrar que aquél es la consumación y el cumplimiento de los conocimientos verdaderos que podía encerrar el paganismo. Clemente de Alejandría y mucho más Orígenes, trataron de llevar a cabo una defensa en gran escala del Cristianismo, esforzándose también por conciliar entre sí la sabiduría cristiana y el paganismo. Según ellos, la fe es la auténtica y verdadera gnosis y la Filosofía pagana es una propedéutica de la contemplación espiritual y atenta de las cosas reveladas en la fe. San Agustín fué en el Occidente quien con más energía y decisión fomentó estas tendencias. Para él, debe el conocimiento penetrar hasta lo verdaderamente permanente y eterno. *Ciencia*, según San Agustín, es el conocimiento de lo pasajero, y *sabiduría* es la contemplación de lo eterno; por tanto, ciencia es un grado anterior a la sabiduría. El conocimiento del Cristo histórico conduce a la visión de su esencia divina. Los esfuerzos de nuestra razón tendrán tanto mayor éxito cuanto más sepamos desligarnos de lo mundano. Una continua purificación capacita a nuestro entendimiento para ascensiones en el conocer. La ascensión en los grados de conocimiento, a su vez, comporta un progreso incesante en el avance purificativo por el que nos evadimos de lo terreno.

La idea agustiniana de que el conocimiento del misterio de Dios y la purificación del hombre se condicionan y apoyan mutuamente siguió dominando hasta el siglo XIII. Ya en el XI empiezan a vislumbrarse nuevas concepciones que culminaron con Santo Tomás de Aquino. El iniciador fué San Anselmo de Canterbury, hombre vuelto hacia el pasado y hacia el futuro. Anselmo introdujo en

Teología la novedad de pretender penetrar los misterios de la Revelación por medio de una argumentación racional, sirviéndose de la actividad propia de la inteligencia. Pretende encontrar nada menos que «argumentos racionales necesarios» capaces de demostrar la verdad de la Revelación. Ciertamente que sigue considerando la fe como fundamento de la razón, y en este sentido no puede incluirse en el número de los teólogos racionalistas, pero acentúa ya mucho más que San Agustín el poder de la razón. Estos esfuerzos especulativo-racionales dentro del campo teológico alcanzarán su punto culminante al elaborarse teológicamente el sistema total de Aristóteles. San Alberto *el Grande* reúne los materiales necesarios, y Santo Tomás los lleva a sus últimas conclusiones. Es entonces cuando surge la pregunta: ¿la Teología es o no una ciencia según el sentido que se da a ésta en la Filosofía aristotélica?

3. Para Aristóteles, ¿qué es ciencia? El filósofo griego la define como «conocimiento de una cosa por medio de la demostración». Esta, a su vez, es deducir una consecuencia a partir de premisas dadas. Ciencia es la totalidad de conocimientos obtenidos y ordenados a base de actividades destinadas a la adquisición de tales conocimientos. Las premisas (los principios, los fundamentos del conocimiento) no son demostrados por la ciencia particular a la que sirven de base, sino que se presuponen en ella; se toman de una ciencia superior correspondiente. La ciencia que toma de otra los fundamentos de su conocimiento—por ejemplo, la Física de las Matemáticas—se denomina en el lenguaje aristotélico como ciencia subalterna (*scientia subalternata*). Así surge la jerarquía de las ciencias: la primera de todas es la Filosofía, ya que ella no recibe de otra superior los fundamentos de su conocer y sus principios son axiomas últimos y supremos que no necesitan ser demostrados. Están evidenciados inmediatamente y ello garantiza su validez; podrán, a lo sumo, ser explicados; pero la evidencia no precisa demostración.

4. Si aplicamos este concepto de ciencia a la Teología, resulta lo siguiente: la Teología, como cualquier ciencia, tiene sus pruebas y demostraciones por las que llega a nuevos conocimientos; es verdadera ciencia en el más estricto sentido aristotélico. Los principios de que se sirven tampoco son demostrados por ella, los presupone como otra ciencia cualquiera; en esto continúa siendo auténtica ciencia. Estos principios son los *artículos de la fe*. Santo Tomás de Aquino considera como artículos de fe las verdades

formalmente reveladas, importantes para la fe y la vida de la fe y que son anunciadas por la Iglesia de un modo especial. Este concepto ha sido ampliado por la Teología posterior, ya que considera como artículos de fe cualquier verdad directa y formalmente revelada propuesta por la Iglesia del tipo que sea. Este es el concepto que el Concilio Vaticano tiene de artículo de fe cuando afirma: «ha de ser creído con fe divina y católica todo cuanto contiene la palabra de Dios, escrita u oralmente transmitida y propuesta por la Iglesia para que la creamos como verdades divinas de la Revelación, tanto en decisiones doctrinales ordinarias como generales» (D. 1792). Las actas del Concilio añaden: «Con esta doctrina se elimina el error de quienes enseñan que sólo los artículos de la fe formalmente definidos han de ser creídos con fe divina, reduciendo a un mínimo la suma de las verdades a creer» (*Collectio Lacensis*, vol. VII, 1937, 167).

El creyente recibe y acepta los artículos de la fe mediante la audición de la enseñanza (*auditus fidei*): los percibe y afirma en la fe.

5. Se presenta una grave dificultad. Aparece con toda claridad la diferencia esencial que hay entre la Teología y el resto de las ciencias. En éstas, es cierto, se presuponen fundamentos o principios de conocimiento; pero éstos pueden ser demostrados con una ciencia jerárquicamente superior. Los principios últimos de la Filosofía, ciencia suprema, no pueden ser demostrados, pero no lo necesitan por ser claros y evidentes. ¿Qué sucede con los principios de la Teología? Ni pueden ser demostrados por la razón, ni son evidentes, sino que han de ser aceptados mediante un acto de fe. No gozan de la evidencia suprema de los principios de la Filosofía y, si se quiere seguir afirmando la analogía entre la Teología y las ciencias profanas, ha de existir una ciencia capaz de ofrecer a la Teología los principios necesarios del conocimiento, de igual modo que sucede con las ciencias superiores respecto a las subalternas. ¿Existe una ciencia superior a la Teología? Santo Tomás contesta afirmativamente: la ciencia de Dios y de los santos, el conocimiento divino de la realidad. En la Revelación, Dios ofrece a los hombres una parte de los conocimientos inmediatos de que El dispone. Resulta, pues, que la Teología recibe sus principios no de una ciencia humana, sino de la ciencia del mismo Dios, fuente que trasciende todas las realidades y conoci-

mientos humanos. La Teología es ciencia subalterna de la ciencia de Dios.

Cabría ahora preguntar si el espíritu humano no será víctima de un lamentable error al creer que en la fe llega a captar la Revelación de Dios. De ser así, los principios de la Teología no serán auténticos, sino aparentes. Ante semejantes dudas puede la razón creyente demostrar la realidad de la Revelación, patentizar que Dios ha salido de su ocultamiento y se ha manifestado a los hombres. Estas pruebas y razones están aducidas en la Teología Fundamental, ciencia teológica de los fundamentos en el sentido literal de la palabra. La validez de los artículos de la fe, principios de la Teología, no puede lograrse a base de evidencias internas, sino mostrando que Dios mismo es quien la garantiza. Por consiguiente, la Teología no conoce directamente la verdad y evidencia de sus principios, sino de una manera indirecta. Por recibir sus principios de una fuente trascendente, la Teología se diferencia esencial y cualitativamente de toda otra ciencia.

6. La Teología, tras tomar posesión mediante la fe de sus principios, puede ejercer las funciones que tiene de común con las otras ciencias: deducción de nuevos conocimientos partiendo de premisas dadas. Esta fórmula podría a primera vista producir la impresión de que la Teología, en cuanto ciencia, comienza su actividad en el límite último de la verdad revelada, quedando fuera de su incumbencia lo que se encierra en el recinto de la Revelación. Así, la constatación y explicación de los artículos de la fe no sería un trabajo propio de los teólogos. Efectivamente, se han interpretado de esta manera los conceptos tomistas acerca de la Teología. Conforme a esto, constituyen el contenido de la Teología sólo aquellas conclusiones que pueden deducirse de las verdades reveladas: una «Teología de las conclusiones». Contra este modo de entender la Teología han surgido en los tiempos modernos vivas objeciones.

Sin embargo, se trata de un malentendido. Sea lo que fuere, lo que este o aquel teólogo ha dicho sobre la «Teología de las conclusiones», Santo Tomás jamás afirmó que el campo de la Teología se halle fuera del recinto de lo revelado. Antes al contrario, deberá la Teología explicar los artículos mismos de la fe.

7. De acuerdo con el concepto de ciencia que estableció Aristóteles, tiene la Teología que llenar una doble misión:

a) Obtener nuevos conocimientos mediante conclusiones derivadas de los artículos de la fe. Esta deducción, según Santo Tomás,

constituye la esencia de la Teología; implica el análisis de los artículos de la fe destinados a desplegar ante el creyente el sentido total de esos artículos. Esta opinión es, a nuestro juicio, la más acertada. En el ejercicio de esta actividad el teólogo puede emplear también verdades evidentes de la razón. Sus procedimientos destacan verdades comprendidas implícitamente en aquellas verdades que fueron reveladas de una manera directa, de forma que los fieles lleguen a conocerlas clara y distintamente. Enriquecen, pues, nuestro saber tales procedimientos. Los conocimientos teológicos en primer término—los derivados de verdades reveladas—podría decirse que han sido revelados de una manera implícita; de los nombrados en segundo lugar—derivados de verdades racionales evidentes—que sólo lo fueron de una forma virtual.

b) Muchos de los conocimientos descubiertos por los teólogos serán a su vez verdades de Revelación. En tales casos, una verdad de Revelación es derivada de la otra: de ahí resulta que no todas las conclusiones derivadas de los principios nos llevan fuera del recinto de lo formal y directamente revelado.

Santo Tomás supo unir lo viejo con lo nuevo al designar como misión de la Teología tanto el conocimiento y estudio de los misterios revelados (*intellectus fidei*) como la deducción de nuevos conocimientos. Levantó con su síntesis un dique contra los peligros que, por un lado, implica la «Teología de las conclusiones», y, por otro, contra los que amenazaban por parte de la antigua Teología anselmiana. El peligro de esta última consiste en querer convertir las verdades de la fe en evidencias racionales, tratando de explicarlas inmanentemente mediante pruebas necesarias. Al destacar aquí este peligro no pretendemos menoscabar el valor de esta Teología que dió pruebas de fuerza vital y fructífera en el tiempo de los Santos Padres y que ha prestado innegables servicios a la comprensión del Cristianismo, mostrando su originalidad frente a las tendencias empeñadas en querer confundirle con el paganismo. Sólo hemos querido hacer una ligera alusión a la inseguridad de la actividad humana, que es tanto mayor cuanto mayores son los valores de los que se ocupa. Puede esta Teología alegar en su favor que trabaja dentro del seno de la Tradición santa. El peligro de la «Teología de las conclusiones» consiste en declarar prematuramente como doctrina revelada aquellos conocimientos, deducidos mediante la Lógica, de verdades auténticamente reveladas. Entre el último conocimiento lógicamente deducido y la premisa tomada de

la Revelación media una distancia enorme para poder afirmar que también esta conclusión ha de ser incluida en el tesoro de la Revelación. Santo Tomás evitó tanto este peligro como el que amenaza a los procedimientos anselmianos.

8. Aunque este concepto de Ciencia, establecido por Aristóteles y transformado por Santo Tomás, deba ser aplicado de una manera directa a la Teología especulativa, puede servir también para mostrar que las disciplinas históricas de la Teología son auténticas ciencias, supuesto que ellas constatan los artículos de la fe, que son, como dijimos, los principios de la demostración para el teólogo.

9. Si nos abstenemos de aplicar a la Teología el concepto de ciencia medieval establecido por Aristóteles, prefiriendo servirnos del concepto *moderno*, cabría decir: ciencia es toda clase de esfuerzo cognoscitivo-espiritual referido a un objeto determinado y homogéneo, verificado de acuerdo con las prescripciones de un método correspondiente al objeto en cuestión, que tiene como fin la obtención de conocimientos sistemáticos comunicables a otros. Así, la Teología es una ciencia al menos en el sentido en que se esfuerza por ofrecer una explicación sistemática de la Revelación cristiana. Trata de ofrecer una respuesta a la pregunta: «¿Qué es el Cristianismo?»

Al respondernos sistemáticamente acerca del origen, esencia, relaciones con el mundo y la Historia, la interdependencia de los hechos particulares y la totalidad, etc., la Teología pretende contestar a la pregunta que queda formulada más arriba, cumpliendo con todos los requisitos que se postulan de una ciencia. Al mismo tiempo puede alegar en su favor que interesa, la Teología, a un número importante de hombres que se confiesan cristianos y quieren vivir cristianamente conforme a las normas y doctrinas que ella explica. Investigar, pues, sobre el Cristianismo lleva implícito el hacerlo también sobre la mentalidad psico-espiritual de una gran parte de la Humanidad, tanto en el pasado como en el presente. Aún el incrédulo puede, en este aspecto, conceder a la Teología un puesto entre las ciencias y de alto rango, igual que reconoce el carácter científico de las disciplinas que se consagran al estudio de los documentos del pasado o de fuerzas psíquicas vivas.

10. El investigador, hasta el que rechaza la verdad del Cristianismo, tiene que admitir la cualidad de ciencia que posee la Teología por la misión que realiza. Mas la Teología no se limita a

esta misión. La forma que acabamos de describir prescinde o puede prescindir de si es o no verdadera, puede contentarse con declarar que el Cristianismo es un fenómeno histórico. La Teología auténtica alberga como decisiva la cuestión de si las afirmaciones que sostiene, como sucede en las otras religiones, han de ser consideradas como manifestaciones de la vida psíquica interior de sus fieles o como revelaciones válidas de la realidad. Considera la Teología las doctrinas del Cristianismo como verdades mediante las cuales Dios revela su propio misterio, el misterio del hombre y el de la vida humana. El teólogo no encuentra el objeto de sus investigaciones en el estudio de la realidad mundana, sino en la consideración de que es algo recibido directamente de Dios. La fe es el órgano por medio del cual capta con certidumbre firme e infalible un objeto que trasciende todas las posibilidades del entendimiento. En esto radica sus diferencias con las otras ciencias, ocupadas de objetos naturalmente cognoscibles. La cuestión de si la Teología ha de ser considerada como ciencia—no ya la practicada según el método de la Historia de las Religiones, sino la propiamente tal—depende de una cuestión ulterior: ¿puede lo sobrenatural ser punto de partida y objeto de investigaciones científicas? Quien afirma la existencia de un Dios personal y vivo, tenderá a responder afirmativamente, puesto que es posible que ese Dios se haya revelado a los hombres directamente y los hechos históricos mostraran que esta posibilidad se convirtió en realidad. El investigador en cuestión considerará la Revelación como una elevada garantía que asegura el éxito de los esfuerzos teológico-científicos; en efecto, todas las ciencias desean conocer la verdad y se esfuerzan por conseguir esa meta. La sumisión, por tanto, del teólogo a las declaraciones de la Revelación no debe ser estimada como una sujeción anticientífica, impropia de la actitud ante la ciencia. Esa sujeción es un acto mediante el cual el teólogo se entrega a Dios, Verdad en persona, poniéndose bajo los auspicios de esa Verdad personal. Ante la verdad, la ciencia deja de ser libre; ante Dios, Verdad-Persona, ¿qué acaecerá? Añádase a esto que el hombre, en tanto criatura, depende absolutamente de Dios, Señor y Creador de cuanto existe, estando obligado a someterse a El y obedecerle. (*D.* 1789, 1810).

Colocado frente a la verdad, que es Dios, el hombre no puede menos de percibir voluntariamente lo que le revela y comunica. En la sujeción a la Verdad-Persona, que se revela en Cristo, adquiere la Teología la libertad requerida de los procedimientos

científicos; de modo que puede buscar y enseñar la verdad objetivamente, sin dejarse influir por factores ajenos a la ciencia. La libertad se manifiesta en la investigación del sentido y de la interdependencia de cada uno de los contenidos particulares de la Revelación: comprensión espiritual, exposición de su desarrollo histórico, solución de los problemas actuales de acuerdo con las enseñanzas de la Revelación.

Si se afirma que lo sobrenatural puede ser objeto de la Ciencia, «la Teología cae bajo el concepto de ciencia, como cualquier otra disciplina. Descubre en sus fuentes el misterio de la fe, que es su objeto; lo realiza a base de procedimientos científicos directamente en las enseñanzas de la Iglesia e indirectamente en la Escritura y Tradición; de esas fuentes deduce conocimientos nuevos, sirviéndose de medios científicos y esforzándose por elucidarlos racionalmente y unirlos de una forma científica para configurar con ellos la totalidad homogénea de un sistema (A. Rademacher, *Die innere Einheit des Glaubens*, 1937, págs. 95 y sigs.).

11. La Teología pretende llegar a su meta—la comprensión científica de la Revelación—por *dos caminos: fijando exactamente el contenido de la Revelación y tratando de comprender y sintetizar el contenido de la Revelación. La Teología positiva es la que se consagra a la labor primera; la Teología especulativa es la que se dedica al cumplimiento de la otra misión. La Teología positiva desarrolla el *auditus fidei* hasta lograr comunicarle un carácter científico; la *especulativa* desempeña la misma misión respecto al *intellectus fidei* de la fe simple y sencilla.*

a) *La Teología Positiva*, sirviéndose de los métodos proporcionados por las investigaciones histórico-filológicas, trata de resolver la siguiente pregunta: ¿Qué es la verdad revelada por Dios? Para llevar a cabo esta tarea pueden seguirse diversos caminos. Los Profetas del Antiguo Testamento, Cristo y los Apóstoles, son los que nos han legado la Revelación, y teniendo en cuenta que las comunicaciones de aquélla se hallan testificadas en la Escritura Santa, se podría presuponer que la Teología positiva comenzará con el estudio de la Escritura. Pero este camino no es seguro, ya que no es la Sagrada Escritura, sino la Iglesia, quien nos enseña cuáles son los libros que forman el conjunto de la Biblia. Por tanto, el punto de partida lo constituirá el estudio de las enseñanzas de la Iglesia. Este es el canon y la regla próxima y formal de la fe y de la Teología. El comienzo de la actividad científica de la Teología será el

estudio de las doctrinas eclesiolásticas, fijando en ellas el contenido de la Revelación, de acuerdo con la doctrina eclesiolástica. Pero la Teología no puede contentarse con este estudio; esto constituirá sólo una especie de armazón, un aspecto o sector de la Revelación. La Iglesia presenta a los fieles toda la Escritura, mas en sus enseñanzas doctrinales, ordinarias y cotidianas, no ofrece al creyente todo el contenido de la Escritura con todos sus detalles. Téngase también en cuenta que las enseñanzas eclesiolásticas destacarán esta o aquella verdad según la exigencia de los tiempos, relegando otras verdades de la Revelación a un segundo plano. La Iglesia, por otra parte, tiene que aparecer revestida de una forma temporal: ha de presentarse así para que los hombres la comprendan en este tiempo determinado en que aquéllos viven. Dado este estado de cosas la Teología se ve situada ante la misión de fijar y constatar la totalidad de la Revelación, su coordinación e importancia de cada una de las verdades en el seno de la totalidad. Para llevar esto a cabo la Teología dirige sus ojos al pasado, llegando hasta el comienzo mismo de la Revelación después de haber estudiado con detenimiento las doctrinas eclesiolásticas actuales. El terreno de sus investigaciones es, pues, el testimonio entero de la Revelación, tal y como se encuentra en la Tradición, tal y como ha sido guardado, interpretado, desarrollado y declarado.

Simultáneamente, con el estudio del contenido de la Revelación, la Teología destaca su interdependencia, la *continuidad* histórica que media entre la Revelación y las tradiciones y enseñanzas eclesiolásticas. La Teología demuestra que las enseñanzas actuales no hacen más que proponernos las realidades admitidas y testificadas por la Iglesia, aunque estén presentadas con formas nuevas y aparezcan con mayor amplitud.

Para llenar este cometido, la Teología se sirve del *método histórico-filológico*. La Historia, la Filología, la Historia de las Religiones, la Arqueología, formarán el conjunto de sus ciencias auxiliares. Estudia la Teología la Tradición total bajo la forma en que se presenta en la Escritura, decisiones conciliares, enseñanzas de los teólogos y en los documentos de la fe tanto en el pasado como en el presente.

La Palabra de Dios merece todos los respetos y que le consagramos todos los esfuerzos; por eso, la Teología no los escatima cuando se trata de fijar esa Palabra y hacer su constatación. No

es trabajo supérfluo dedicar detenidas investigaciones para interpretar rectamente una sola palabra, por ejemplo.

Un descuido en fijar con precisión la Palabra de Dios equivaldría a tomar una actitud indiferente ante el mismo Dios. La Palabra de Dios es una fuerza de Salud; no debe, pues, considerarse esfuerzo vano, ajeno a la vida, el trabajo que desempeña la Teología positiva en su aspecto filológico-histórico, que nos conduce hasta las últimas fronteras del pasado en busca de esa palabra de Dios. es necesario afirmar que contiene algo de la potencia salutífera del objeto al que consagra sus estudios y trabajos. Dada la importancia de la Teología positiva en cuanto concierne a la investigación de la divina Revelación, se comprende fácilmente que sus disciplinas (Ciencia bíblica, Historia de la Iglesia) hayan sido clasificadas como ciencias principales y no como secundarias, en la Constitución apostólica *Deus scientiarum Dominus*.

Necesita la Teología positiva para llenar su cometido conocimientos histórico-lingüísticos tanto más amplios cuanto que ningún teólogo particular puede llevarla a cabo; exige la colaboración de muchos teólogos que intercambien los resultados de sus investigaciones, ayudándose y prestando sus servicios al desarrollo global de la ciencia. Al servicio de esta finalidad están revistas teológico-científicas, asociaciones, congresos y bibliotecas.

La Teología positiva es una ciencia de la fe, siendo ello lo que la diferencia de las investigaciones propiamente histórico-filológicas en la interpretación de un texto profano. En sus trabajos le guía la fe que ilumina la vista del teólogo; con los ojos de la fe puede el teólogo ver multitud de cosas que no es capaz de descubrir el historiador. Así, por ejemplo, el teólogo puede percibir la continuidad entre las enseñanzas eclesiológicas actuales y las de los siglos primeros; puede reconocer cómo el pasado contiene germinalmente lo que después se habrá de desarrollar en el futuro.

Procediendo de esta manera no se introducen en los testimonios del pasado elementos que no estén en él. El teólogo estudia el pasado según las normas exactas del método histórico-filológico, para valorar bajo la luz de la fe los materiales obtenidos. Esos materiales constituyen un enriquecimiento y mayor luminosidad de la fe con que se acogen las enseñanzas eclesiológicas del presente.

La investigación de la Sagrada Tradición no se impone como finalidad el buscar pruebas de las doctrinas eclesiológicas de un

tiempo dado: en sentido estricto, éstas ni pueden ser demostradas con argumentos extraídos de la Escritura o de la Tradición. Antes por el contrario, se podría afirmar que el Magisterio eclesiástico interpreta auténticamente los testimonios del pasado. Es la Iglesia la que garantiza tanto la amplitud del Canon (es decir, el tesoro de Libros Sagrados), como el sentido de su contenido. Establece, asimismo, las normas que han de estar vigentes para la interpretación de los Santos Padres; por ejemplo, el teólogo investiga las doctrinas agustinianas de una manera distinta a como lo hace el historiador; no pretende llegar a conocer las convicciones religiosas de un gran espíritu, sino constatar el reflejo que en San Agustín proyectan las enseñanzas religiosas y eclesiásticas del siglo IV. Más adelante estudiaremos con detalle la relación en que la Iglesia se halla respecto a la «Tradición Sagrada»; sobre todo, respecto a la Sagrada Escritura.

Aunque el teólogo, de esta forma, se somete a la Iglesia y sus enseñanzas, no lo realiza con un comportamiento opuesto a las exigencias de la ciencia. En efecto, el teólogo, al reconocer la autoridad de la Iglesia, no se inclina ante los dictados de un poder anticientífico. El reconocimiento del Magisterio eclesiástico por parte del teólogo, considerado como hombre de ciencia, es la única actitud objetiva y justa, puesto que es la Iglesia quien le comunica la Revelación. Sometiéndose a las prescripciones de la Iglesia se está sujetando a los dictados de la verdad: la Iglesia autorizada por la Verdad Suma que es Dios, tiene garantizada su actuación. La Teología Fundamental es la encargada de mostrar que la actitud del teólogo es racional al someterse a las prescripciones eclesiásticas. La Teología podría alegar que también las otras ciencias tienen parecidos sometimientos y sujeciones: la Historia, por ejemplo, ¿no tiene que sujetarse al contenido de las fuentes? la Jurisprudencia ¿no depende totalmente del Estado y de su legislación? Las tensiones que pueden aparecer entre autoridad docente y libertad inherente a la iniciativa científica han de ser resueltas, lo mismo que las que vemos aparecer entre la sociedad y el individuo o entre la autoridad y la libertad.

La Teología positiva no se basta a sí misma. Si se aislara, la amenazaría el peligro de quedar reducida a Historia o Filología simplemente.

b) La *Teología especulativa*, sirviéndose de los medios que le proporcionan la Filosofía y la experiencia cotidiana, trata de elu-

cidar las verdades de la Revelación. Lleva con ello a cabo una doble misión: en primer lugar, trata de descubrir por medio de los análisis correspondientes el sentido de la Revelación; en segundo término, se somete a la tarea de deducir nuevos conocimientos de una manera lógica, tomando como punto de partida las verdades de la Revelación. A la realización de esto último la impulsan tanto una inclinación del espíritu humano como las tendencias religiosas de los tiempos en los que la Teología ha de cumplir sus funciones propias.

Igual que las disciplinas históricas o filológicas eran las ciencias auxiliares de la Teología positiva, los sistemas filosóficos juegan idéntico papel respecto a la Teología especulativa.

La *filosofía platónica* ejerció la función de ciencia auxiliar de la Teología hasta los tiempos de la Alta Edad Media. Con San Alberto y Santo Tomás comenzaron los teólogos a servirse de la *filosofía aristotélica* para el estudio y elaboración espiritual de la Revelación. Ambas filosofías tienen sus ventajas y sus desventajas. La platónica distingue entre el ser real y verdadero que anida sólo en la región de las Ideas y el ser aparente e impropio de las cosas del mundo sujetas a la experiencia sensible. Una filosofía de tal cuño está en condiciones inmejorables para destacar la supremacía de Dios respecto a todo lo creado; en su ambiente tiende a acentuarse que el hombre es una criatura pasajera y pecadora. El peligro de esta concepción filosófica estriba en que dentro de ella el valor y la realidad del ser creado tienden a difundirse de tal manera que sólo Dios sea considerado como el Ser propio y verdadero y hasta como la única realidad. La Teología que sigue las huellas de la Filosofía platónica puede también incurrir en el peligro de identificar panteísticamente a Dios y a la criatura. Sin embargo, la altura alcanzada por los Padres de la Iglesia en sus concepciones teológicas, de un modo especial por San Agustín, muestra a las claras que se puede esperar tal peligro.

La Filosofía aristotélica ofrece, en primer lugar, conceptos claros y bien elaborados. Puede, por consiguiente, ayudar a obtener una comprensión precisa de la Revelación y su contenido. Afirma, por otra parte, con mayor ahinco y decisión, la realidad y el valor del mundo de la experiencia. De ello resulta que puede prestar excelentes servicios a la Teología cuando se trate de establecer la distinción que media entre Dios y la Creación, entre el orden natural y el sobrenatural. Bajo estos dos aspectos es superior a la Fi-

lososofía platónica. No obstante, a la Teología que se edifique sobre ella amenazará un peligro: el racionalismo, si los teólogos emplean los conceptos aristotélicos en el mismo sentido que poseen en la Filosofía. Pueden los teólogos sortear este escollo cargando las tintas sobre el carácter meramente analógico que tienen esos conceptos. Los conceptos filosóficos que se aplican a la Teología se aplican sólo en un sentido semejante-desemejante. La analogía de los conceptos, en lo que atañe a los procedimientos teológicos, se manifiesta en el hecho de que no se deduce una conclusión partiendo de un concepto general y de un concepto subordinado, como sucede en la Filosofía; la fe adopta un concepto filosófico y se sirve de él para hacer pasar una verdad revelada a un estadio de mayor plenitud. El concepto filosófico adoptado por los teólogos entra en la luz de la fe y alude a algo que está más allá, traspasa el orden de su significación natural y apunta hacia el orden del reino de los misterios.

Muchos de los conceptos presentados en la Filosofía aristotélica, al entrar en el contexto doctrinal de la fe, se afinan y adquieren mayor profundidad. Logran un grado de perfecta significación noemática; es el caso, por ejemplo, de lo sucedido a los conceptos de naturaleza y persona.

En el ejercicio de sus funciones la Teología se ve colocada ante la tarea de explicar y expresar conceptualmente las imágenes y símbolos de la Sagrada Escritura. La norma de su actividad han de ser no sus propios y naturales conocimientos, sino las imágenes y símbolos de la Escritura, que en gran parte provienen de Cristo y gozan, por lo tanto, de la máxima autoridad. Si la Teología ha de seguir siendo ciencia, no debe prescindir de los conceptos, pero en sus trabajos especulativos no ha de separarse con exceso de los fundamentos simbólico-intuitivos que constituían su punto de partida. No debe, pues, dejarse llevar del dinamismo inherente a los conceptos, deduciendo de una manera indefinida nuevos conocimientos por procedimientos lógicos, como lo hacen el metafísico o el propio lógico. Ha de preguntarse de continuo cuál es el sentido del símbolo bíblico y no puede tomar en su lugar conceptos usados según la acepción que tienen en el orden natural de su significación. Expondría una doctrina falsa sobre la Iglesia la Teología, si se limitara a expresar el concepto de la Sociología, pongamos por caso, prescindiendo de aquellas imágenes en que la Sagrada Escritura enseña que Cristo es la cabeza y la cepa.

12. La Teología, en cuanto no puede llegar a conocer con evidencia plena y racional las verdades de la Revelación, es *inferior* a las otras ciencias naturales, que pueden demostrar con evidencias sus afirmaciones; pero es *superior* a ellas desde dos puntos de vista:

a) Por la *dignidad* del objeto, Dios, y por la importancia que tiene con relación a la vida humana, la Salvación.

b) Por el grado de *certeza*, fundada en Dios, que alcanzan sus conocimientos. La certidumbre del teólogo queda envuelta, es cierto, en la oscuridad de la fe, y la razón de ello no consiste en que la Revelación sea irracional o nebulosa, sino en la deslumbrante luminosidad de Dios y la debilidad del conocimiento humano, menos capacitado para percibir la luz de Dios de lo que lo están los ojos corporales para percibir la luz total del sol. Por la seguridad incondicional de la Revelación divina, el hombre debe entregarse a ella con un sentimiento de confianza que no puede experimentar ante las afirmaciones de las ciencias puramente naturales. El fundamento de la Teología radica en esta seguridad absoluta de la Fe.

13. Siendo la Revelación una automanifestación del Dios incomprendible, por mucho que el hombre se esfuerce sus trabajos y reflexiones teológicas no llegarán jamás a penetrar en las profundidades últimas de lo revelado. El teólogo tiene la posibilidad de avanzar continuamente en el conocimiento de las realidades que la Revelación le manifiesta, sin llegar nunca a agotar su contenido. De ahí resulta que la Teología no es sólo conservación y tradición, sino también progreso y desarrollo; es un esfuerzo siempre nuevo, esencialmente siempre inacabado, mediante el cual la razón del que cree trata de conocer científicamente la Revelación. ¡Siempre en ruta hacia conocimientos nuevos y más perfectos! Un carácter esencial de peregrinación, igual que la Iglesia del tiempo que media entre la Venida del Espíritu Santo y la segunda Venida del Señor. Llegará un día en el que pueda alcanzar la meta de sus anhelos: la visión total y plena de la realidad de Dios, presentida en la fe. ¿Cuándo? Al salir del tiempo y enclavarse en la eternidad. Mas entonces ya no será Teología: en el más allá termina la fe, sucediéndole la visión inmediata de la realidad divina. La Teología de la peregrinación es su comienzo y fundamentación, su *incoatio visionis*; de esta forma, la Teología presenta un marcado carácter escatológico.